



Introducción al VI Capítulo de las Esteras Under Ten OFM - 2026

En el corazón del Centenario de san Francisco 1226-2026

Porciúncula, Santa María de los Ángeles, 5 de julio de 2026 - Saludo del Ministro general

1. El saludo que nos precede

Queridísimos hermanos,

el Señor os dé la paz.

Nos encontramos de nuevo en la Porciúncula en un tiempo que la Providencia nos entrega como una gracia: en el año en que la Orden recuerda los ochocientos años de la Pascua de san Francisco, sois vosotros, los frailes de los primeros diez años de profesión solemne, quienes habéis sido convocados en torno al lugar donde todo tomó forma y continúa recomenzando.

Habéis llegado de todos los rincones de la Orden, de continentes y lenguas diversas, trayendo con vosotros historias de Entidades florecientes y de Entidades fatigadas, experiencias de primera misión y ya alguna herida. Pero bajo estos muros las distancias se recogen, y volvemos a ser sencillamente hermanos menores en torno a la casa de la Madre.

2. Las esteras y la semilla: el lugar y el tiempo

Hemos querido llamar a este encuentro Capítulo de las Esteras. No es una etiqueta nostálgica, sino una memoria que nos juzga y nos orienta. La tradición recuerda a los primeros frailes reunidos por millares alrededor de esta pequeña iglesia, sin techo ni aparatos, tendidos sobre pobres esteras, con el Evangelio y el vínculo de la fraternidad en el centro. En estos encuentros había una multitud de hermanos que se descubrían, con estupor, capaz de vivir juntos la vida según el Evangelio, de actualizarla y de hacerlo en la minoridad.

Elegir hoy ese nombre significa declarar qué Iglesia y qué Orden deseamos: un pueblo de hermanos y menores —un pequeño resto— que se pone de nuevo a la escucha del Evangelio para anunciarlo con la vida y la palabra. Es un nombre que nos precede y que, al mismo tiempo, nos provoca.

Y lo hacemos a ochocientos años del Tránsito de Francisco. La carta que nosotros, los Ministros generales, hemos querido entregar en este Centenario dice que Francisco es una semilla de vida eterna. Porque lo que Francisco plantó no se agotó con él: continúa germinando, de generación en generación.



No es, pues, casualidad que precisamente vosotros, frailes Under Ten, os encontréis en esta encrucijada de lugar y de tiempo, y nosotros con vosotros. En la Porciúncula, donde la semilla fue plantada y donde germinó en el encuentro con la «hermana muerte». En el Centenario, en el que nos preguntamos si esa semilla sigue dando fruto. Parte de esa respuesta os está confiada a vosotros.

Por esto viviremos un ejercicio de escucha. Escucharemos la Palabra, escucharemos a Francisco, escucharemos la realidad y nos escucharemos unos a otros. Así es como el Espíritu continúa hablando a la fraternidad.

3. Vuestra etapa, a la luz del Testamento

Puedo decir que conozco la etapa que atravesáis. Los primeros diez años después de la Profesión solemne son un paso delicado y, por momentos, doloroso. Aquí el idealismo de la formación inicial se encuentra con el realismo de la vida cotidiana: comunidades que no se parecen a las soñadas, estructuras que pesan, fatigas pastorales que no dan los frutos esperados. En este paso pueden insinuarse la desilusión y, con ella, la tentación del cinismo o de la resignación. Y lo sabemos: es también el momento en que la soledad afectiva, herida silenciosa y peligrosa, hace sentir su peso.

En los meses pasados os hemos escuchado. Muchos de vosotros habéis respondido a la encuesta con gran sinceridad, y la Comisión os presentará lo que ha surgido de ella. No quiero anticipar esos datos ni repetirlos. Quiero, sin embargo, deciros cómo los he leído. En lo que habéis escrito no he encontrado ante todo quejas: he encontrado una petición de autenticidad. Habéis pedido una autoridad vivida como servicio y no como poder. Habéis pedido un diálogo verdadero entre las generaciones, en el que los más jóvenes no sean ignorados y los más ancianos no sean abandonados. Habéis pedido que la fragilidad afectiva y psicológica no sea escondida detrás de una máscara, sino acompañada con verdad. Habéis pedido cómo ser creíbles en el continente digital —vosotros que sois la primera generación de frailes nativos digitales— sin dejaros devorar por la velocidad y la fragmentación. Habéis pedido estar en las periferias del mundo como instrumentos de paz, allí donde están los pobres, los descartados e incluso la guerra. En una palabra, habéis pedido poder vivir el carisma en serio.

Esto, hermanos, no es una lista de problemas que administrar. Es el lugar exacto en el que la semilla quiere dar fruto.

Lo comprendemos volviendo al Testamento. Francisco no cuenta una vida lograda sin sacudidas: cuenta un vuelco. «El Señor me dio a mí, hermano Francisco, comenzar a hacer penitencia»: y aquel comienzo fue el encuentro con los leprosos, de los que antes huía. Lo que le parecía amargo se convirtió en dulzura; lo que evitaba se convirtió en el lugar de la misericordia. Su fidelidad no nació de la ausencia de dificultades, sino de haber reconocido en ellas el paso de Dios.

Hay una página que amo particularmente. Cuando un ministro le escribe preguntando cómo comportarse con los hermanos difíciles, Francisco le responde que considere esas dificultades «como una gracia». No como un obstáculo para la vocación, sino como su camino. Quisiera que llevarais con vosotros esta palabra en estos días. Las tensiones que



vivís, las fragilidades que os habitan, las fatigas de vuestras fraternidades no son lo contrario de vuestra llamada: pueden convertirse, si son atravesadas en el nombre del Evangelio, en la forma concreta de vuestra fidelidad. Una fidelidad ya no sólo romántica, sino madura: capaz de amar la comunidad, la Orden y la Iglesia tal como son, y no como las habíamos soñado en el noviciado.

4. Tres herencias como horizonte de estos días

No celebramos a Francisco porque pertenezca al pasado. Lo celebramos porque su futuro nos concierne. He aquí, entonces, que la carta del Centenario recoge en tres palabras la herencia que Francisco nos entrega. Os las propongo de nuevo como horizonte de nuestro trabajo.

La primera es la misericordia hacia los pobres y el amor a Cristo crucificado. Todo, en Francisco, nace de dos miradas: los ojos de los leprosos y los ojos del Crucifijo de San Damián. No de una idea, sino de rostros concretos. Me pregunto, y os pregunto: ¿cuáles son los leprosos de nuestro tiempo, los rostros ante los que también nosotros estamos tentados de pasar de largo? Vuestro impulso misionero, vuestro deseo de habitar las periferias existenciales y estructurales, tiene aquí su raíz. Sin estas dos miradas, nuestro hacer se convierte en activismo estéril; con ellas, se convierte en Evangelio. La carta nos lo recuerda con una fórmula que no debemos olvidar: una pobreza sin misericordia se convierte en un ídolo, una misericordia sin pobreza se reduce a ideología.

La segunda herencia es la Iglesia y la Eucaristía: una tierra pobre pero fecunda. Francisco eligió plantar su semilla no en una comunidad ideal, sino en la Iglesia real de su tiempo, con todas sus pobreza, mientras otros la juzgaban y la abandonaban. Aprendió a amarla sin el orgullo espiritual de quien se cree mejor. Es una palabra exigente para vuestra generación, y también para la mía: la Orden que amamos no es la perfecta que quisiéramos, sino ésta, con sus estructuras pesadas y sus límites. Y precisamente aquí, como en el pan pobre de la Eucaristía, el Altísimo continúa entregándose en las manos pobres de todos nosotros. Amar esta tierra real no es resignación: es el único modo para que la semilla eche raíces.

La tercera herencia es la fraternidad sin poder, fuente de paz. Francisco no quiso una Orden piramidal, sino una fraternidad circular: nadie llamado prior, sino todos hermanos menores, lavándose los pies unos a otros; el superior como ministro y siervo, con el estilo de la madre, capaz de cercanía y de cuidado. Sé que éste es uno de vuestros deseos más fuertes: una sinodalidad real, en la que vuestra palabra y vuestra visión cuenten de verdad, y en la que la autoridad no se deslice nunca hacia el autoritarismo o el clericalismo. He aprendido, no sin dolor, que esta fraternidad no se recibe ya hecha, se construye. Comienza por vosotros — por el modo en que ejerceréis la autoridad que muchos de vosotros ya lleváis sobre los hombros; por el modo en que estaréis junto a los frailes más ancianos, sin rebeldía y sin sumisión pasiva, sino en un diálogo que custodia la pertenencia. De este estilo, y no de las proclamas, nace la paz que somos enviados a llevar al mundo.

Misericordia, Iglesia y Eucaristía, fraternidad de paz: he aquí las tres herencias. No son temas para discutir y archivar. Son la semilla que debe hacerse fructificar en vuestra vida.



5. Protagonistas, en camino hacia 2027

Por esto hemos querido un Capítulo, y no un curso. No estáis aquí como destinatarios de una formación, sino como protagonistas, con vuestras propuestas y vuestra participación activa. Las jornadas que nos esperan serán participativas y sinodales. Tendremos iluminaciones que abrirán horizontes, con perspectivas nuevas y estimulantes; pero sobre todo tendremos necesidad de vuestra palabra, de vuestra escucha recíproca, del valor de decir con verdad y con libertad lo que os anima y lo que os preocupa.

Y hay un horizonte ulterior. Lo que maduremos aquí no quedará entre estos muros. Os pedimos elaborar propuestas concretas para el Capítulo general de Pentecostés de 2027, que por primera vez celebraremos en Asia, en Vietnam. Es un signo que llevo en el corazón: la voz de las nuevas generaciones alcanzará el discernimiento de toda la Orden y contribuirá a orientar su camino. Y la elección de Vietnam dice a todos que lo que a algunos les parece periferia es, en realidad, un corazón vivo del franciscanismo de hoy. También por esto, en estos días, vosotros no sois la periferia de la Orden: sois su centro.

6. La semilla continúa germinando

Concluyo volviendo allí de donde partimos: a una semilla. Francisco acogió en sí el Espíritu de Jesús hasta convertirse él mismo en una semilla de Evangelio, colmada de frutos de vida eterna. No nos dejó un monumento estático, sino una semilla viva. Ochocientos años después, esa semilla está todavía en vuestras manos: os toca a vosotros hacerla fructificar. Este Capítulo nace de un acto de confianza. La Orden no os convoca porque tengáis todas las respuestas, sino porque sin vuestra voz ninguna respuesta será completa. También aquí la semilla de Francisco continúa germinando; nos toca a nosotros hacerla fructificar.

Pero no solos. Somos peregrinos, no dueños de la solución: no tenemos todas las respuestas, pero sabemos hacia Quién caminamos. Confío estos días a Santa María de los Ángeles, Reina de la Orden, bajo cuyos pobres muros nos hemos reunido, y a la intercesión de nuestro Seráfico Padre Francisco.

Y que el Señor, que ha comenzado en vosotros esta obra buena, os dé la alegría de llevarla a cumplimiento.

¡El Señor os dé la paz!

Fr. Massimo Fusarelli, OFM

Ministro general

Prot. 115453/MG-099-2026